

IDEAS 6

Regeneración de un paradigma
**UNA REFLEXIÓN
SOBRE EL LIBERALISMO
Y EL CONSERVADURISMO**

Por Renato Cristin



UNA REFLEXIÓN SOBRE EL LIBERALISMO Y EL CONSERVADURISMO

Regeneración de un paradigma

Tanto el liberalismo como el conservadurismo se encuentran hoy en jaque ante el desbordante poder de la nueva ideología de alcance mundial que, bajo el manto de un buenismo meloso y de una autodenominada (y seductora) corrección política, reclama para sí misma una pretensión de universalidad tan violenta como para resultar totalitaria y tan radical como para poder ser definida, aunque con diversos matices, comunismo; más aún si pensamos que uno de sus actores principales es el marxismo cultural.

Claramente, cierto liberalismo estadounidense es históricamente corresponsable del ascenso de este movimiento ramificado que hoy da realmente

miedo si se observan sus formas extremas y sus muy previsibles desarrollos futuros; mientras que el conservadurismo no es en absoluto, por lo menos no directamente, corresponsable de esta decadencia generalizada que venden por progreso. Aunque pueda tener algunos vínculos con este amplio y heterogéneo movimiento de destrucción cultural, civil y psicológica, el liberalismo - no el de izquierda obviamente, sino el clásico - también corre por ende el riesgo de ser arrasado por el marxismo-ludismo cultural de lo políticamente correcto.

Lo que determina el desarrollo de este *arrasamiento progresista* es la regla del plano inclinado, en el que, muy a pesar nuestro, ya nos hemos metido.



Los manifestantes de Black Lives Matter queman una gorra de Trump

Pero esta ley tiene vigencia si no hay cambios en la estructura, es decir, si el liberalismo y el conservadurismo, por deficiencias internas y falta de colaboración entre ellos, ceden a las presiones, a los reclamos y a la arrogancia de lo políticamente correcto. Si, por el contrario, deciden reaccionar, con toda la fuerza ideal y política, cultural y social de la que disponen, la tendencia se detiene y más aún: se invierte.

Pero la primera condición para que dicha reacción conceptual se active es que liberalismo y conservadurismo unan sus fuerzas sin reticencias ni segundos fines; y la segunda condición es que se doten de herramientas teóricas y prácticas incluso innovadoras en comparación con sus herramientas tradicionales, tanto porque no es posible hacerle frente a una ideología totalitaria permaneciendo divididos, como porque esta forma particular de totalitarismo no se puede derrotar con instrumentos conceptuales nobles pero desgastados.

En su intrínseco totalitarismo, lo políticamente correcto es de hecho como una avalancha lenta pero inexorable que no sólo puede arrasar las estructuras que emergen del suelo, sino también extirpar sus cimientos, demoler los basamentos mismos de la civilización occidental. Movimientos de este tipo no pueden explicarse con herramientas interpretativas inmediatas, sino que debemos situarlos en un horizonte histórico a largo plazo, porque su acción es casi imperceptible, de tan diseminada, matizada y constante. La gota de lo políticamente correcto está erosionando los pilares de nuestra civilización. Aunque muchas veces roce lo grotesco por su fanatismo antioccidental, tocando cimas inefables que preci-

samente por ello se autodescalifican. Esta forma de bradismo político-cultural, es de hecho una amenaza mortal que hay que afrontar como tal, con racionalidad pero no con tacticismos, sin excesivas dramatizaciones pero sin la menor vacilación.

Por tanto, la primera condición que debe cumplirse es *la unión*. Sin embargo, muchos liberales y conservadores consideran que el concepto de conservadurismo liberal es una herejía o al menos un híbrido engañoso. Esos liberales y esos conservadores son efectivamente irreconciliables, pero no porque el liberalismo y el conservadurismo sean incompatibles, sino porque su posición es dogmática. No me refiero a dogmas teológicos, que en su formulación judeocristiana no obstaculizan la elaboración política, que se ha ido configurando históricamente respetando la separación entre Dios y César, sino a dogmas lógicos y prácticos, que deben ser despejados si se desea avanzar en la teoría y en la praxis política.

No son los liberales ni los conservadores en tanto tales los dogmáticos, por ende, sino sus adeptos absolutistas, más o menos conscientes de serlo, fautores de un integralismo que desea erigirse a guardián de la pureza de los dos enfoques teóricos pero que en realidad contribuye a su disgregación y los pone fuera de juego con respecto a los grandes procesos que se están produciendo.

Esos liberales usan como una clava (y de manera instrumental) la frase de Hayek: "Por qué no soy conservador", argumentando que el conservadurismo es incompatible no sólo con la idea de una sociedad abierta sino también con la idea de progreso, pero sin examinar

(como Hayek en cambio hace en su ensayo de 1960) críticamente estas dos ideas; y esos conservadores utilizan de manera similar la tesis de que el liberalismo debe ser rechazado en tanto fuente de los males de la modernidad, de las fracturas revolucionarias y de la secularización. Pero ambos evitan (o no logran) abordar las muchas gradaciones del frente opuesto y reconocer que en ellas se esconden puntos de contacto extremadamente sólidos aunque no sean muy vistosos.

La torpeza de los conservadores dogmáticos es una forma de extremismo de inmovilidad; la torpeza de los liberales dogmáticos es una forma de radicalismo del cambio; ambos están anclados en autoimágenes esclerotizadas, que consideran su convergencia una herejía. Pero los *liberales críticos* y los *conservadores dinámicos* han entendido que, por el contrario, esta unión y en estas condiciones - a partir de un acoplamiento de liberalismo en economía y conservadurismo en cuanto a valores - no es sólo la única posibilidad de salvar sus principios y valores, sino que es también y sobre todo la única forma de salvar esa plural y pluralista tradición occidental que, si bien con distintos acentos, ambos quieren defender.

Además, esta unión ya ha caracterizado, aunque a veces de forma subterránea y discontinua, el pensamiento antitotalitario, antiestatista y proidentidad de la Europa del siglo XX. No quiero atribuir importancia excesiva al historicismo, entendido como perspectiva teórica y como corriente filosófica, pero creo que, sin perjuicio de un perímetro en el cual los principios se deben preservar, las teorías y las visiones mismas

del mundo deben vérselas con la historia, no entendida como mera secuencia de hechos, sino como transmisión de la tradición y el pensamiento al presente que vez tras vez los hombres viven.

El liberalismo se ha convertido en el simulacro de ese gran movimiento antitotalitario (y por ende anticomunista, antimarxista, antinazi) que sabía defender el concepto de libertad protegiendo al mismo tiempo el espacio concreto, social y nacional, en el que la libertad puede vivir y proliferar. Ahora, también a causa de su engañosa exal-



Friedrich August Von Hayek

tación de la alteridad, el mal llamado liberalismo ya no es creíble ante los ojos de los auténticos liberales, es decir, aquellos que no han dejado de luchar contra ese adversario iliberal que es el totalitarismo declinado en sus diversas formas, y que no cesan de defender los espacios concretos de la agresión de ese enemigo.

El liberalismo es atacado por ese mismo mundo progresista con el que quiso no sólo dialogar sino también entrelazarse, sin entender que era el abrazo de la muerte, la subsunción del paradigma liberal en otro, completamente antiliberal y por tanto fundamentalmente antitético, que nuclea a neomarxismo y *liberals* norteamericanos, catocomunismo y pauperismo, tercermundismo y radicalismo *gender*. Al ocultar el rostro siniestro del marxismo cultural y poner en primer plano el del buenismo y la tolerancia (solo aparente), el progresismo ha capturado un filón conspicuo del liberalismo, que se ha convertido en víctima célebre de esa trampa letal que es la retórica políticamente correcta. Por tanto, este liberalismo es hoy impracticable, comprometido con el progresismo y prisionero de una interpretación dogmática de sus propios principios.

Si el liberalismo no ve que el progresismo es un movimiento totalitario, que en palabras se ha liberado del estalinismo, pero que en realidad no es más que una mutación cruzada del mismo con el trotskismo, entonces es ciego (y esta es la mejor de las hi-

pótesis posibles), y produce un daño colosal y quizás irreversible a su propia historia, a su identidad (y esto es mucho más que una hipótesis: es una constatación). Por dichas razones a ese liberalismo hay que sacudirlo, desde afuera y sobre todo desde adentro, señalándole la contradicción en que ha caído y mostrándole cómo reactivar su energía original; explicando que seguir el camino del progresismo significa al mismo tiempo preparar la desaparición del propio liberalismo, cuya muerte también implicará la imposibilidad de que sus principios se concreten en la realidad.

El liberalismo estará cada vez más en crisis si no comprende lo que yo llamo *la cuestión teleológica*, el hecho de que el ser humano está constituido por estructuras teleológicas, que no sólo son fines sino también horizontes, de sentido y de tiempo, es decir, horizontes de historicidad. Si el liberalismo no comprende que los principios sin *telos* (o sea sin fines) son vacíos, meramente formales, continuará procediendo de una manera que es perjudicial para la libertad misma y, por lo tanto, también autolesiva.

De ese liberalismo que llamo *dogmático*, se ha distanciado, por lo menos

Este liberalismo está comprometido con el progresismo y es prisionero de una interpretación dogmática de sus propios principios

desde hace una década, el liberalismo que defino *crítico*, que ha entendido la contingencia histórica, las necesidades de nuestra época, y que se ha unido con el conservadurismo de una manera no superficial sino orgánica, coincidiendo en esa búsqueda de la verdad que nunca es separable de la exigencia de libertad. Este es el liberalismo que no se somete al progresismo y no es meramente formal, que ha entendido que su destino histórico (su *telos*) se da en la conjunción con el conservadurismo (y de la misma manera el conservadurismo más sabio ha entendido que su *telos* está en unirse con el liberalismo crítico), hasta el punto de que hoy, en muchos países europeos, podemos hablar de un *paradigma liberal-conservador*. Esto no es táctica, y tampoco mera estrategia política, sino visión histórica a largo plazo, e interpretación fenomenológica de la realidad política, social y cultural. Lo otro es argumentación vacía, mero formalismo, juegos retóricos, pretextos instrumentales, izquierdismo disfrazado de liberalismo. Aplicando aquí una de las proposiciones fundamentales del pensamiento kantiano, podríamos decir que el liberalismo sin conservadurismo es vacío y el conservadurismo sin liberalismo es ciego.

En Estados Unidos el connubio es difícil, porque conservadores y demócratas no tienen un oponente común y porque existe un problema lingüístico-conceptual enraizado en el uso del término *liberals* para denominar a los progresistas y la izquierda en general. Si los neomarxistas se definen a sí mismos como *liberals*, entonces está claro que los conservadores no pueden usar para sí mismos la definición de liberalconservadores, y sin embargo, bajo la superficie del lenguaje, hay una dimensión política en la que los liberales en economía y los con-

servadores en valores encuentran una convergencia productiva, que se vierte por ejemplo en el voto al Partido Republicano.

En América Latina el acuerdo es igual de difícil, pero por razones opuestas: liberales y conservadores tienen un enemigo en común, la izquierda marxista, el socialismo y el populismo, pero a causa de ese dogmatismo que mencioné, pocas veces logran concretar esa alianza que le permitiría al centroderecha competir electoralmente con buenas posibilidades de éxito, por lo que terminan dejándose aplastar bajo la imagen que de ellos propinan los movimientos populistas y de izquierda (casi siempre entrelazados, en la unidad de sus propósitos), una imagen deformada: el liberalismo como expresión del imperialismo occidental y el conservadurismo como arma política de la derecha militarista latinoamericana.

En Europa la situación es diferente, tan es así que en muchos países, coaliciones esencialmente liberalconservadoras se han organizado e incluso a veces se han afirmado electoralmente. El caso italiano es sin duda el ejemplo más claro de esta unión. En la opinión pública italiana, de hecho, la idea de un punto de vista liberal-conservador y de un movimiento correspondiente que lo exprese, ha estado presente desde 1994 y se ha consolidado hasta tal punto, que hoy, en el electorado de centro-derecha, más allá de las preferencias por uno u otro de los partidos de este ámbito, la necesidad de cohesión (que no significa necesariamente unificación en un solo partido) y la compacidad en torno a principios y valores liberalconservadores está muy extendida. Del plano teórico al pragmático, el paso ahora

está abierto, porque tenemos al menos las líneas estructurales de la teoría y sabemos qué requieren los votantes y qué es lo que esos mismos votantes no quieren. En Italia aún no existe un partido liberal-conservador en el sentido formal y en el sentido auténtico de los dos conceptos, pero existe una coalición política formada por tres partidos (Lega, Fratelli d'Italia y Forza Italia) que en su conjunto representa bien estos dos conceptos, aunque no logre darles una expresión operativa del todo orgánica. Sobre todo hay una base electoral, un electorado, un apoyo de la ciudadanía, que constituye la premisa fundamental para la existencia de esa coalición.

La segunda condición es preparar un *arsenal* conceptual adecuado para este enfrentamiento que es análogo al «*clash of civilizations*» descrito por Huntington, aunque en este caso es un choque de ideas, un conflicto entre visiones de la sociedad dentro de la civilización occidental. Pero mientras que el choque de civilizaciones es evidente, proclamado por los innumerables atentados terroristas que desde el 11 de septiembre de 2001 las distintas organizaciones del fundamentalismo islámico vienen llevando a cabo contra el mundo occidental, incluido Israel por supuesto, el choque de ideas interior de Occidente es oculto, escondido por una hábil dirección internacional que lo disimula y que se ha infiltrado en todos los ámbitos de nuestras sociedades, a través de una red de protección (una especie de Socorro rojo internacional declinado según los matices de todo el espectro cromático de la izquierda) que se extiende a todos los sectores y que ejerce un gran poder de influencia en la opinión pública.

Lo políticamente correcto y sus variantes o subteorías (entre las que se destacan, por fanatismo y violencia, el teorema del antirracismo, la teoría *gender* y la antihomofóbica, la teoría de la descolonización, el inmigracionismo, la *Critical Race Theory*, *Cancel Culture*, *Black Lives Matters*, *Antifa* y otros subproductos) tienen de hecho hoy en día una preponderancia casi total en los organismos internacionales, instituciones supranacionales y, salvo los gobiernos de no izquierda, en las nacionales, en los medios de comunicación, en el sistema educativo (universidades y escuelas), en el mundo editorial, cultural, artístico y de entretenimiento.

Cuando una sociedad es sistemáticamente atacada por una ideología multiforme y tóxica como el progresismo políticamente correcto, que quiere desintegrar sus piedras angulares hasta



la descomposición, entonces ni el liberalismo ni el conservadurismo por sí solos pueden sostener la estructura social general. Ambos están desorientados no solo por la demolición de los fundamentos sino también por la excepcionalidad de la agresión, a la que no tienen manera de responder con la necesaria firmeza y eficacia. Si las formas actuales de liberalismo y conservadurismo ya no pueden proteger a las personas o poblaciones que las desarrollaron y no tienen la fuerza institucional necesaria para neutralizar a quienes hacen de la intolerancia su principio de vida, entonces estas formas de liberalismo y conservadurismo son útiles al adversario. Por lo tanto, el conservadurismo liberal debe ser regenerado en tanto paradigma filosófico-político, y para ello debe ser defendido en primer lugar de la erosión interna, provocada tanto por esas formas de absolutismo teórico que señalé

al principio, como así también por una tendencia más general a la autodenigración, a ese autodesprecio que lo políticamente correcto inculca, por la fuerza, en la opinión pública para destruir la identidad occidental tradicional.

Para evitar que esta autodenigración llegue a sus consecuencias más extremas, es necesario reaccionar, superando el bloqueo psicocultural que la teoría del odio a sí mismos ha inculcado en la mente occidental. *Reaccionar significa reactivar* las energías originales de nuestra civilización, pero para reaccionar es necesario ante todo liberarse de la extorsión y del miedo, tener el coraje de oponer, a la autoflagelación, la autoafirmación y el orgullo de nuestra propia identidad. “No tengáis miedo”, nos instó el Papa Juan Pablo II desde su primera homilía el 22 de octubre de 1978, queriendo decir que no debemos tener miedo de dar testimonio de nuestros valores, por lo cual no debemos tener miedo de expresar nuestras ideas o de elaborar nuevas, en coherencia con las anteriores, en esa continuidad que a pesar de todo caracteriza a la civilización occidental y que hoy las fuerzas antioccidentales internas y externas están minando hasta las raíces. Por tanto, es necesario vencer el miedo de no ser lo suficientemente adherente a los preceptos de lo políticamente correcto, de no ser lo suficientemente azotado por las presuntas culpas de nuestra civilización.

Ahora, aunque con grave retraso con respecto a los hechos, es hora de despabilarnos del *sueño dogmático del siglo XX*, de liberarnos del complejo de culpa, fantasmático pero incisivo, que nos ha agarrado durante décadas, de esa falsa, pretextuosa, instrumental



24 de enero de 2022, Italia, Roma. Cámara de los Diputados

teoría de que las culturas no son jerarquizables y que, por tanto, son todas iguales. Como escribió Giuseppe Valditaro en un reciente artículo de análisis en el periódico *Libero*, “a diferencia de muchas otras culturas y civilizaciones, hay algunos momentos clave en nuestra historia que faltan en otros lugares y de los que debemos estar bien conscientes”, porque de lo contrario plegándonos al *diktat* “de lo *políticamente correcto* que quiere que todas las culturas sean iguales, y que pretende anular el estudio de los clásicos y la tradición [...], correríamos el riesgo de tirar por la borda milenios de esfuerzos”. Habiendo visto el peligro, hay que enfrentarlo.

En el siglo XIX el conservadurismo y el liberalismo defendieron instancias diferentes y en ocasiones opuestas, la del organismo estatal la primera, la del espacio contractual la segunda, que Spencer definió respectivamente como el sistema de “cooperación obligatoria” y “cooperación voluntaria”, pero la evolución sociopolítica posterior ha generado interacciones e intersecciones que han modificado los parámetros de esos dos enfoques y han producido en toda Europa, aunque en formas que difieren de nación en nación, el fecundo conubio liberal-conservador.

Ahora las circunstancias exigen no una simple consolidación de este paradigma, sino una *regeneración* del mismo, entendida como mayor afinación teórica y fortalecimiento operativo. Como sostenía en el libro *I padroni del caos*, es necesario avanzar hacia una revivificación del conservadurismo liberal, revitalizando sus principios rectores y relativizando sus conceptos operativos, lo cual no significa, según

una posible interpretación simplificada o malévolamente, hacer absolutos los fines y relativos los medios, sino más bien considerar indeclinables los principios cardinales de nuestra civilización, concebirlas como estables e inalienables y, en cambio, ir conjugando según el fluir histórico las modalidades de su aplicación.

¿Qué puede hacer entonces el liberalismo en esta situación tan dura de extrema violencia política y cultural? Según sus principios clásicos, debe actuar con tolerancia, pero si esta situación se ha producido por una imposición violenta de la concepción progresista y neomarxista de la sociedad, y si dicha concepción está, como ya lo hemos experimentado ampliamente, impregnada de intolerancia y es enemiga de la libertad, ¿cómo se puede ser tolerante con los intolerantes? Esa hombría de bien con la que los liberales clásicos decían (y siguen diciendo) que están dispuestos a todo con tal que el adversario pueda expresar su opinión, tenía sentido en la Inglaterra del siglo XIX, pero ya no lo tiene en la misma medida en la actualidad, en un momento histórico en el que esa magnanimidad abriría las puertas a un totalitarismo que, al final, se tragaría también esa misma generosidad liberal. No, hoy no debemos ceder nada a adversarios intolerantes e inclusive odiantes, ya sean neomarxistas o catocomunistas, antioccidentales o

Es necesario avanzar hacia
una revivificación del
conservadurismo liberal

islámicos. Aquí se ve hasta qué punto la crisis del liberalismo puede ser profunda y sin salida, si permanece cerrado en sus principios de apertura indiscriminada que constuyen el lazo con el que será colgado. El “espíritu de Mónaco” continúa, lamentablemente, flotando sobre Occidente. Como señala Francisco Contreras en un ensayo del 2013 titulado *Liberalismo, catolicismo y ley natural*, hoy el riesgo es que se cumpla “el proceso de auto-destrucción del liberalismo, a consecuencia de su desconexión respecto a sus raíces culturales y morales originarias”.

Nuevo es el nivel del peligro, que nunca había sido tan alto para los valores occidentales, pero el problema se remonta a hace algunas décadas ya. Hace veinte años, Marcello Pera observó (en un memorable libro que escribió con el entonces cardenal Ratzinger y cuyo significativo título es *Sin raíces*): “Un mal viento sopla sobre Europa”, un aire de renuncia y decadencia, la convicción de “que alcanza con esperar y los problemas desaparecerán por sí solos, o que podemos ser

condescendientes hasta con quienes nos amenazan y saldremos indemnes”. Es un vórtice de miedo y cobardía, que puede desarraigar a toda Europa, la cual, “sin saber a qué principios dedicarse, los mezcla a todos en un revoltijo retórico”.

La apertura hacia la alteridad no puede prescindir del análisis concreto acerca de quién es realmente el otro a quien, vez tras vez, uno se quiere abrir: si el otro es portador de una voluntad de subyugación, frente a eso no puede haber sino desconfianza (en el mejor de los casos), clausura, no apertura. Si ese *otro*, digamos, es una religión totalitaria como la islámica, ser liberales abiertos será muy poco útil; a lo sumo permitirá entablar alguna conversación. De hecho, no podemos dejar de tener presente la frase de un alto exponente musulmán reportada en 1999 por el entonces obispo de Esmirna, monseñor Bernardini, durante la segunda asamblea especial para Europa del sínodo de obispos: “Gracias a vuestras leyes democráticas os invadiremos; con nuestras leyes religiosas os someteremos”. Ante esto, ¿qué hacemos? ¿Preferimos



Disturbios en defensa de la libertad de Pablo Hasél

acabar bajo el talón islámico o rectificarnos profundamente nuestras bisagras teórico-políticas?

El caso islámico no es el único: hay otros movimientos, antioccidentales aunque pertenezcan a Occidente, de matriz directa o indirectamente totalitaria, que también han entendido que en la fuerza de los principios liberal-democráticos reside hoy al mismo tiempo la debilidad de nuestro sistema occidental, y concentran su accionar precisamente en esos puntos débiles para transformar el sistema liberal-democrático en un “totalitarismo angélico” (uso la expresión de Richard Millet), en una tiranía disfrazada de ese buenismo que hoy sobreabunda. Estamos ante un movimiento gigantesco y ramificado, que recoge todas las mencionadas teorías heredadas de los movimientos de la década de 1960, las cuales forman un bloque granítico que, empuñando la libertad nada más que como pretexto, se prepara para blindar su propia ideología políticamente correcta, y que termina paralizando no sólo la libertad de expresión sino también, gracias a los invasivos métodos de lavado de cerebro desde la infancia, la capacidad de pensar. Subestimar ese movimiento o tratarlo según los principios formales del liberalismo no sólo es contraproducente de hecho, sino además erróneo desde lo teórico.

¿Pensamos contrarrestar esa máquina de guerra tan sofisticada con unas pocas peticiones de principio? ¿Queremos sucumbir ante la ofensiva de lo políticamente correcto o reaccionar organizadamente regenerando nuestras teorías y nuestros métodos? Los europeos (pero lo mismo se aplica también a los estadounidenses) que se reconocen

en el amplio abanico del centro-derecha político y cultural no aceptan esta rendición; ni siquiera los que votaron por los partidos del PPE en las últimas elecciones aceptan esta perspectiva, y el crecimiento generalizado en toda Europa de los movimientos liberalconservadores en sentido propio, que forman la derecha no fascista y mucho menos nazi, expresa precisamente ese rechazo de parte de la ciudadanía.

Y es sobre la base de esta voluntad popular que se desarrolla la acción del nuevo conservadurismo liberal, que nada tiene que ver con el populismo, al contrario, es lo opuesto: el populismo adula al pueblo, lo engaña, lo usa para fines e intereses que a menudo son nada más que personales y en todo caso extrínsecos a las auténticas necesidades del pueblo, mientras que el liberalconservadurismo, incluso en su forma *soberanista*, actúa de manera diametralmente opuesta: escucha al pueblo, entiende sus necesidades y tra-



baja para fortalecerlo, para que pueda enriquecerse en todo sentido, desde lo espiritual hasta lo material.

El conservadurismo se debate hoy entre muchas disputas, ideales y pragmáticas, nacionales e internacionales, pero en su forma no dogmática parece haber encontrado una estructura unitaria, en cierta medida también partidaria, centrada en algunos pilares: tradición, identidad cultural, valores religiosos con ella compatibles, libertad económica, defensa de los intereses nacionales y la propiedad privada, orden geopolítico. El liberalismo, por otro lado, se enfrenta a lo que yo llamo *la paradoja del liberalismo actual*: ¿Mantenerse firme en los principios, anclado dogmáticamente a un barco que se hunde, o ayudar a salvar el barco reforzando al mismo tiempo también sus propios principios? ¿Y de tal modo evitar la entrega de Europa a los enemigos amenazantes, externos e internos, que describí anteriormente, y a sus totalitarismos diferentes pero

igualmente destructivos, evitando así también su propia extinción? Por mi parte, creo que el liberalismo tiene que sobrevivir, en su forma no dogmática, y por eso lo conjugo con una posición más efectiva en defensa de la tradición, con el conservadurismo puro, es decir el de valores, porque, como ya he dicho otras veces, si se pierde la gran batalla de ideas que se libra hoy en el frente occidental, todo estará perdido, liberalismo incluido.

Precisamente sobre estas bases debemos trabajar para la construcción del nuevo proyecto, en el que liberalismo y conservadurismo encuentren una síntesis de nivel más alto, en la que los elementos más auténticos, más vitales y fecundos de ambos se unan para componer el renovado paradigma que se oponga al mal llamado progresismo en todas sus variantes, desde el neomarxismo al polícromo mundo de los *liberals*, desde el modernismo católico a la teología de la liberación, desde la ideología de *género* (con todas sus *degeneraciones*) a la ideología multicultural, hasta la teoría del reemplazo de la identidad europea. Estas son las condiciones para la posibilidad de una *regeneración* no sólo del conservadurismo liberal sino de nuestra civilización en general, de la cual se repristinarían y revitalizarían cánones y valores, fundamentos y estructuras, con una reconstrucción no meramente restauradora, sino orientada hacia un *telos* que corresponde tanto al origen como al futuro cumplimiento del sentido histórico del espíritu europeo, negado durante casi un siglo y aplastado hoy bajo el *totalitarismo pulviscular*, sádicamente compasivo, que viene avanzando a la conquista de Occidente.



Militantes palestinos de las Brigadas Al-Quds (brazo armado del EI)

